tragar el anzuelo.....Como no te casas con tu amigo Minuto, el sacristán de San Márcos.

—¡Buen partido!—dijo con burlona formalidad Teresa. Viudo con siete hijos, y una renta de cabos de vela y zurrapas de vino de Misas .....Como se llegue á declarar, á los ocho días me caso. .

—Y harás bien,—hija mía, porque las uvas están verdes, y por mucho que hipocritées ya sabes: aunque la mona se vista de seda....Teresa se queda.

—¿De seda?—replicò Teresa con cierto tono entre despreciativo y amargo. Ni un solo vestido tengo; el último que tuve me lo compró mí padre.

Pepita no pareció comprender lo que en esto quería decir Teresa, y levantándose como para poner término à la conversación. dijo empinando el dedo.

—¡En resumidas cuentas! ¿Vienes ó no vienes á casa de Mercedes?...

Teresa guiñó un ojo, torciò la boca, y meneando en señal de negativa la cabeza, al mismo tiempo que el dedo índice de la mano derecha, dijo con voz de polichinela:

—¡No...no...y no!...

—¡Pues lo veremos!—gritó Pepita dirigièndose á la puerta. Ya se lo diré á mamá, y ella te hará bajar la cabecita.....Soberbia hija mía soberbia que te va á llevar al infierno, aunque te agarres à la sotana de P, Rodriguez...

Gracias por el aviso. primita,—contestó Teresa. Huye de la soberbia, dijo el pavo.

Y se puso al hilvanar con gran sosiego las informes mangas del gaban rameado.

III.

El mal humor no quitó sin embargo á Pepita Ordóñez su ordinario apetito; encapotada, mohina y sin hablar palabra, almorzó aquella mañana tres chuletas de carnero dos pares de huevos fritos. Sus dientecitos de perla, un poco ralos, desgarraban las chuletas con la avidez y el empuje de cualqnier gañan, y los huevos fritos desaparecian tambien en silencio, con una de esas pasiones vergonzosas á que se entregan los grandes hombres, buscando el mayor secreto. Su pasión por los huevos fritos recordaba á Pepita de contínuo, que esta-

ba hecha de la misma arcilla que cualquiera prosáica Maritornes.

Teresa por el contrario, expontánea y comunicativa como siempre, refirió á doña Angustias todos los pormenores de la fiesta que para el día siguiente preparaban las Hijas de María. Escúchabala la buena señora complacidísima, interrumpiéndola á veces con alguna sandez de las que de contínuo colgaban de sus lábios. Pepita callaba, comìa y rabiaba, y nada se habia hablado hasta entónces de la reunión de la Condesa, ni del billetito de Mercedes.

—¡Tendrá que ver eso!—dijo doña Angustias con su necedad crónica. Veinte viejas comulgando.....

—No son veinte, tía; son cincuenta.

—¡Mujer!—exclamó doña Angustias.

Y se quedó muda de pasmo, con la boca abierta las cejas enarcadas; porque uno de los rasgos caracteriscos de Doña Angustias consistía en estar pasmada de continuo, y tan sorprendente era para ella de que estaba lloviendo, como hubiera podido ser la de que los cocodrilos del Nilo anidaban en el Guadalate: A todo contestaba siempre —¡mujer!—aunque fuese hombre el que hablara, y la tensión de sus cejas y la abertura de su boca, marcaban la intensidad de su pasmo.

—Cincuenta viejas comulgando!— exclamó al fin doña Angustias. Lo que es yo, no falto á eso....¿A que hora vas tú?...

—Yo iré tempranito, con Rosita Piña, con-

testó Teresa. Iré á eso de las seis, por si ocurre algo.

—Entónces iré yo más tarde con Pepita... ¿No es verdad, niña?

La niña metió la cara en el plato, y contestó secamente:

—No sé si iré....Estoy un poco constipada....

Y una tocesita que parecía salirle de las orejas, vino en aquel momento á extremecer de lástima las puntas de los papillotes.

Pasmóse de nuevo doña Angutias al saber el constipado de la niña, ésta para tranquilizar sin duda á la madre, se zampó uua sopa de huevo, del tamaño casi de su corazón impresionable. Teresa dismuló una sonrisa sorbiendo à pequeños tragos un taza de café, y dijo con la carita más inocente del mundo:

—Pues es menester que te acuestes tempranito y procures sudar.....

Pepita escuchó la maliciosa advertencia de su prima con la asfixiante calma que precede á las grandes tempestades, y siguió comiendo y callando.

Media hora despues, Teresa con la mantilla recogida sobre los hombros, y el velo medio caido sobre el rostro, con esa gracia natural que es lo supremo del arte, se dirigìa a casa de Rosita Piña: Seguiala una criada vieja llamada Vicenta, llevando un gran envoltorio de prendas de vestir procedentes del *Ropero*, destinadas á formar los lotes que habian de repartirse al siguiente día entre las cincuenta

viejas. Habialas cosido todas Teresa, y para distribuirlas en paquetes iguales, dirijiáse ésta á casa de Rosita Piña, vice-secretaria de las Hijas de María, y su amiga intima.

Sucede á veces. que el nombre de una perso na desconocida, hace formar ídea errónea de ella, por razón de ciertas cualidades que aparecen anejas á ese mismo nombre: ni à un Delgado gordo, ni á un Casado soltero. Algo de esto sucedía con Rosita Piña: al oir su nombre en dimutivo, en labios tan juveniles como los de Teresa y Pepita Ordóñez, creiala todo el mundo alguna muchacha de la edad de éstas.

La vice-secretaria de las Señoritas del Ropero era, sin embargo, una Hija de Marìa, que bien pudiera ser una tía de la misma santa Ana: su edad, como las pirámides de Egípto, derdiase en los tiempos prehistóricos, sabiéndose tan solo que su padre, valiente militar, había muerto gloriosamente en la batalla de Bailén, batiéndose á las órdenes del general D. Teodoro Reding, Desde entónces era Rosita Piña una de esas huérfanitas, censos irredimibles del Monte-Pìo, único que puede apreciar en la nòmina de cada mes, su longevidad pasmosa. Cobraba mensualmente once dnros como orfandad, y con el talento de que carecen nuestros ministros de Hacienda, arreglaba á esta exigua renta su presupuesto de gastos, quitando al alimento lo que necesitaba el vestido, abriendo un agujero para cerrar otro, y reservando todos los meses dos pesetas inviolables:

una para repartirla entre los pobres, y otra para *gastos imprevistos*, tales como un cuarto al cartero, un tubo de quinqué que se rompía, ó medio real para el sello de una carta.

Los años habían hecho de Rosita Piña una verdadera beata, con todas las grandes virtudes, los pequeños defectos y las inofensivas ridículeces, propia del gremio: que todas las cualidades juntas se encuentran en esas almas sencillas que el mundo ciego y burlón ridiculiza, exgiéndoles con la intolerante ley del embudo propia de la lógica mundana, la perfección absoluta. por el solo hecho de que procuran buscarla, y la forma angélica por la sola razón de que desprecian la humana.

Reíanse de que las vicesecretarias escribiesen *narangas*, y nadie admiraba de que aquellas ciento y pico de esquelas se hubieran escrito á la luz de un mal velón y á la cabecera de una pobre lavandera moribunda, que velaba Rosita Piña hacía tres noches consecutivas, mientras la verdadera secretaria á quién correspondía de oficio repartir aquellas lucía su bella persona en un palco del teatro.

Bnrlábanse de su inocente manía de ocultar su edad, y nadie se apresuraba á publicar que aquellos años ocultos estaban llenos de resignados sacrificios, de calladas abnegaciones, de lágrimas que solo brotan de corazones muy generosos, de lágrimas derramadas ante infortunios.

Criticábanle que pasase la mayor parte del

día fuera de su casa, y nadie acertaba á comprender que aquella pobre vieja à quien nadie amaba era ella sola capaz de amar á todo el mundo; que se sentía abrumada en su hogar yerto y solitario por la nostalgía de la familia, y buscaba por eso el hogar de los huérfanos para dejar allí el calor de las madres para prestar allí los consuelos de hija, y el hogar de Dios, el hogar del Padre común de todos, el pié del Sagrario, para buscar en él fuerzas necesarias con que mirar cara á cara su triste, su monótono, su siempre solitario mañana..... Fuerzas por uo desfallecer bajo el peso de la más triste, la mas angustiosa, la mas desoladodora de todas las cruces, ¡La soledad del alma!.....¡Ah! Indudable era que Rosita Piña, la caústica frase de Pepita Ordóñez, era una rosa seca; ¡pero era un rosa seca que conservaba toda su fragancia!...

El mundo, sin embargo, más frívolo que malo, màs mezquino que perverso, hacía justicia á las virtudes de Rósita sin dejar de reirse de ella, y las casas más aristócraticas le franqueaban de par en par sus puertas, las familias más distinguidas la admitían en su trato íntimo, y las asociaciones piadosas se las disputaban, para darle sino, los cargos de más honor, á lo menos los de más trabajo. Era en todas ellas la vicepresidente, la vicesecretaria, ó la vicetesorera; era en fin, el piadoso burro de carga de todas aquellas damas elegantes, enalbardado siempre con su honorífico *vice.* Por lo demás, sus maneras eran vulgares, su ignorancia crasa, su sencillez la de aquellos pobres de espíritu á quien promete Dios el reino de los cielos, sin duda por que los hombres se encargan en la tierra, de haccrlos merecer con sus burlas y su desprecios:

En cuanto á su fìsico, habíalo pintado en cuatro palabras, con la maestría de Velazquez, cierta verdulera á quien inadvertidamente volvió Rosita Piña un día su canasto de lechugas. Miróla de arriba abajo aquella diosa Pamona, y gritó á sus compañeras:

—¡Allá va una mujer en cuclillas!..... Con cara de á real, y cuerpo de á cuatro cuartos!...

La cara de Rosita Piña era, en efecto. doble de lo que razonablemente podía exigir su exiguo cuerpecito, y venía á ser en ella lo que en aquel diminuto gramático Philetas, el contrapeso de plomo que llevaba en las sandalias. para que no se lo llevase el viento; era una especie de pleonasmo de carne, semejante á un pastel de masa blanda, en que hubiese formado las facciones, tirando menudos pellizcos, Su pelo de un negro algo sospechoso, estaba tan charolado y pegado á las sienes, que parecía gorrito de hule, y vestía en todo tiempo un hàbito de estameña de la Vírgen del Cármen, con su correa de charol á la cintura, y su escudito de plata en la cintura.

Vivía Rosita Piña en una salita y una alcoba muy pequeñas, muy limpias; que por treinta reales al mes le cedían en su casa un pobre capellán de monjas, y una excelente vieja que era su hermana, Terera subió lijeramente la

humilde escalera, bien conocida de ella, y se detuvo ante la puerta de la beata, que estaba entornada. Dió dos golpecitos y nadie contestó; empujó un poco, y un resplandor vivísimo de luces encendidas salió de la estancia: entónces se determinó á entrar.

La reducida pieza estaba vacía, y sobre una vieja papelera, brillantes á fuerzas de rudas frotaciones de aceite veíase en nicho de cristales y caoba, una bonita imájen de San José, de metro de altura. Rodeabánla varios tiestos de loza llenos de flores, y hasta veinte ó trienta cabos de vela de distintos gruesos y tamaños, todos encendidos, En la mano con que sostenía el Santo su florida vara, habianle puesto en la mano un papelito doblado, y un gato blanco y negro, múy hermoso, muy limpio, estaba sentado en el suelo con mucha devoción frente á la imájen, levantando de cuando en cuando una pata, como si quisiese enjugar una lágrima, ò darse un golpe de pecho. Parecía un gato muy piadoso: según Pepita Ordóñez era este gato el único pariente de aquella pobre vieja que tenía por familia á la humanidad entera, por que comprendía y practicaba el significado de aquellas palabras que á todas horas repetía:—¡Padre nuestro que estás en los cielos!....

El gato, que sobre ser piadoso era cortés, salió al encuentro de Teresa, empinando el rabo, arqueando el lomo, dejando escapar un cariñoso maullido, como si quisiese hacer los honores de la casa en ausencia de su dueña. Teresa le saludó con un confianzudo.—¡Hola, Canene.—y tomando de manos de Vicenta el envoltorío de ropa, añadió meneando la cabeza.

—Muchas luces tiene el Santo....Algo gordo sucede....

Conocía bien à su amiga' y constábale que iban siempre sus apuros en razón directa de las velas del Santo Patriarca, especial protector suyo, que jamás había desoído sus ruegos, infantiles no pocas veces. Gordo debía ser el apuro que marcaba á la sazón el místico barómetro de la beata; ardían ante el Santo cuantas sobras de novenas y desechos de sacristía había podido recojer Rosita, que para semejantes ocasiones las iba coleccionando y recordaba la iluminación, por sus artistícos detalles, la famosa de Moscou cuando la coronaciòn del Czar último.

Resonaron en el corredor unos pasitos menudos y lijeros. y entró Rosita Piña con unos papeles en la mano, agobiado el cuerpecito, angustiada la cara, rojos los ojillos, con dos lagrimones pugnando por escapar de aquellas estrechas masmorras, Despidió cortesmente á Vicenta que en aquel momento salía, fuese derecha à Teresa y la besó en silencio,

—¿Pero qué es esto?—exclamó Teresa pasmada, mirando sucesivamente á la imágen y á Rosita, ¿Que tiene vd? ¿Qué pasa?

Rosita Piña se dejò caer en una silla con muestras del mayor abatimiento.

—¿Ha muerto Dolores la lavandera?—pre-

guntó Teresa que sabía la enfermedad de esta infeliz mujer, el esmero con que Rosita la velaba hacía tres noches, y la aflicción que éstas desgracias ajenas le causaban.

—Está mejor....No es ella, la muerta, contestò Rosita.

—¿Pues quièn ha muerto?.....

Rosita Piña hizo un puchero disforme, y contestó dandose con los papeles en el pecho.

—¡Yo!....

Teresa sintió descomunales ganas de reirse; pensando sin embargo que podría Rosita sentirse gravemente enferma y darse ya por difunta, preguntó con cariñoso sobresalto.

—¿Pero qué tiene vd?.....¿Está vd mala?...

—¡Pues eso es lo gracioso!—exclamó Rosita llorando. ¡Eso es lo triste!...que estando yo buena y sana no me quieran pagar, y digan que me he muerto....

De nuevo tuvo que morderse las làbios Teresa para no reirse, y siguió mirando á Rosita estupefacta. Refiríóle entònces èsta que el día anterior, 1º de Marzo, había ido con la puntualidad carecterisca de las viudas y huérfanas del Monte-Pío, á cobrar los once duros de su orfandad. Pero al encargado de pagarla, don Tomás Sánchez, muy bueno, muy bello sujeto, muy atento, que siempre la saludaba—á los piés de vd,—y un día la hizo esperar dos horas, le dijo que podía sentarse, habíanlo dejado cesante.

Hallàbase en su lugar otro jovencito, muy bueno también; muy trabajador, tan trabajador que en media hora larga no levantó la cabeza de lo que estaba haciendo, sin echar de ver siquiera que estaba ella aguardando Pues este señor tan laborioso, tomó al fin los documentos que por fórmula le alargaba Rosita, los miró por encima, cótejólos con un voluminoso registro, y dijo despues pausadamente;

—No ha lugar á la paga.... Doña Rosa Piña y Menendez, falleció el 15 de Febrero pasado.

Rosita Piña que se quedó estupefacta: si hubiese visto al R. Rodríguez vestido de majo y tocando las castañuelas, no hubiera expresado su amplia fisonomía mayor sorpresa, Sus ojitos y su boquita de abrieron hasta desencajarse, y exclamó con todas las inflexiones del espanto y la sorpresa:

—¿De veras?!!!.....

—Así consta en la direcciòn general de Madrid, con el correspondiente certificado.

Rosita Piña quedó aplanada bajo el peso de aquella losa de sepulcro que tan inesperadamente arrojaba el Estado sobre su cabeza: comedida, sin embargo, hasta en el fondo de la tumba, sólo se atrevió á replicar:

—¡Pero eso debe de ser equivocación!.....

El laborioso oficinista cogió la pluma y se puso á escribir de nuevo, sin dignarse à responder á la atribulada huérfana.

—¿Pero quién soy yo entonces?—exclamó esta volviendo á todas partes los extraviados ojos. ¿Algún alma del purgatorio?

—Pues si es vd, una alma del purgatorio,

vaya á que los curas le digan Misas, contestó el oficinista.

El saborcillo volteriano de esta respuesta acabó de aterrar á Rosita, y huyó á su casa afligidísima, creyéndose presa de alguna pesadilla horrible y palpándose á cada instante a ver si en realidad era cadáver. Consulto el caso con su vecino el Capellán de monjas, indagó este lo ocurrido, y vinose en la cuenta de que aunque á Rosita le sobraba salud, habìanla matado por equivocación en nòmina: era necesario abrir un expediente para resucitarla, presentarse en la Dirección general de Madrid ó buscar alguna buena influencia en la corte, que todos estos objetos allanase. Rosita se acostó aquella noche calenturienta y despertò llena de crueles escrúpulos: había soñado que para comprobar su existencia se miraba detenidamente al espejo y se encontraba viva, sana, fuerte, robusta y hasta.....bonita!!!.....

¡Horror!..... ¿Sería aquello alguna levadura de amor propio escondído, que á la hora de la tribulación asomaba la oreja?..... Necesario fué participar el horrible temor al P. Rodríguez, que la miró espantado de lo que puede fantasear un sueño, y lejos de consolarla la despidió con cajas destempladas.

—¿Y cómo voy yo á Madrid?—Decía Rosita à Teresa, llorando á lágrima viva. Dinero no teugo, en el tren no fían, y aunque fiaran..... ¿Como se aventura una mujer sola, en ese Madrid atestado de liberales?...

Rosita Piña creìa sencillamente que los liberales andaban en Madrid con cuernos y rabo, envistiendo por las calles á los pacíficos transeuntes. El liberalismo era su pesadilla, y llevaba su justo odio contra la moderna secta, hasta el punto de encontrar sospechoso aquello de—*Libera nos. Domine*—que rezaba en la Letanía, y haberlo sustituido con un profundo, sencillo y esperanzado *Carlista nos. Domine.*

Teresa escuchaba compadecida la relación de aquella extraña desventura, y al oir que todo podía arreglarlo alguna persona influyente en la corte, exclamó con esa noble impremeditación de la juventud, que dá siempre por hecho el bien que desea hacer.

—Pues si no es más que eso, dese vd. ya por resucitada.....

La difunta oficial miró á Teresa, con el ansia con que Marta debió de mirar á Jesus al verle extender la mano hacia el sepúlcro de Lázaro.

—Pues claro está—continuó Teresa; anoche llegó de Madrid Pepe Pineda, el hijo de la Condesa, que es diplomático y amigo de todo el mundo, y él le podrà arreglar á vd el asunto sólo con poner dos letras.

—¿Pero tú lo conoces?—preguntó Rosita.

Esta lógica pregunta hizo caer á Teresa de las alturas de su buen deseo, Ella no conocía al Condecito ni aún de vista, y la escena que poco antes había tenido con Pepita à causa del baile de compadres, le hizo caer en la cuenta de que ditícilmente podría servirse de ella como de intermediaria. Comprendió, pues, que

se había adelantado demasiado, y dijo titubeando:

—Yo no... pero mi prima y mi tía Angustias lo conocen mucho, y también á su madre, y ellas le hablarán.....

—¡Dios las oiga! ¡El Santo Patriarca las inspire,—exclamó Rosita Piña cruzando las manos con vehemencia... Yo por mí no tengo cuidado: Dios viste à los lírios del campo y cuida de los pajaritos.....Y aunque yo no soy ningún lirio, ni tampoco un pajarito..... pero en fin, vamos.....es un decir..... Pero esa pobre Dolores la lavandera... enferma, con siete hijos, sin más amparo que yo, porque lo que da la Conferencia no alcanza.... Mañana le operan el zaratan, y aunque D. Manuel la cura de balde, porque es de lo que no hay, mny caritativo, un San Pantaleón; en fin, Dios se lo pague..... Pero los caldos y la botica y todo, todito, lo tengo que pagar yo..... Empeñé mi cuchara de plata, y ya se me fué hasta el último ochavo: ahora estoy gastando de los diez duros que tenía guardados para mi entierro...

A Teresa se le saltaron las lágrimas: cogió ambas manos á Rosita, y sacudiéndolas fuertemente, le dijo:

—¿Pero por qué no me ha dicho vd. eso antes, Rosita?..... ¿Qué necesidad tiené vd. de gnstar el dinero de su entierro?..... Aunque después de todo no la han de dejar sin enterrar por eso..... Pero yo también tengo en mi lucha lo menos, lo menos once duros, y se los daré á vd. para Dolores..... Los fuí reunien-

do real á real, para cnando llegase el aniversario de mi padre, mandar decir algunas Misas... Pero también esa limosna le servirá de sufragio.

Rosita Piña se echò á llorar: su llanto hubiera enternecido á un ángel y hecho reir á un hombre.

—¡Dios te lo pague, hija mia! ¡Dios te lo pague, Teresa!—Exclamaba..... ¿Ves ese papelito que tiene San José en la mano?....Pues la última receta del mèdico....Yo no podía pagarla; pero se la puse en la mano y le dije. —¡Procurala tú, santo mío!—Y ya ves cómo la ha procurado.... No sabes el peso que me quítas de encima: estaba ya sin aliento, sin esperanzas, sin saber por donde tirar....Hoy mismo, durante toda la hora de meditación, me parecía ver al diablo, á mi vera, diciéndome como á aquel santo viejo de que habla el P. Rodríguez.—¡Ahórcate! ¡Ahórcate!... Y yo, llena de santa firmeza, le respondía.

—¡Ahórcate tú!